

Cotidianidades:  
Poemas y  
Algunos Cuentos

Rafael g. Medrano

Copyright © 2012 Rafael g. Medrano

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN: **148279716X**

ISBN-13: **978-1482797169**

## CONTENIDO

Café americano.

Después del divorcio.

Reloj.

Oda a la muerte.

Pájaros sin rostro.

Compromiso.

De viejo.

Platica con mi padre, el pueblo.

Adiós.

De noche.

De amores improbables.

En la casa de mi padre.

Tormento de un recién casado.

Invierno.

El suplicio de Amedalia.

Escondiendo a Christine.

Retrato de una guerra.

El pecado de Dolores.



A mi familia y algunos amigos.

## **Café americano.**

Al bajar la escalera me topé con un hombre cargando un bulto de café. El morral decía supremo, procedente de todo el sur. Y allí estaba yo, en el norte, caminando hacia un coffe shop sin alma pero de gran aroma.

Sin embargo el café sabía a sudor, más bien a esclavos e influencias. Más bien sabía a sangre, sudor e ingenuidad destrozada, estaba amargo. Fui hacia la caja y tome una bolsa de azúcar, la cual estaba salada, el socialismo estaba en la tasa y sabía a impunidad, supresión y a aquellos que sonrientes llegan al puerto tras haber recorrido cien millas en balsa.

Entonces me senté, la sillas me recordaron a los caídos, aquellos que han vivido por siglos y ahora adornan la cafetería, al igual que los humanos tratando de parecer intelectuales y muchas veces confundidos con estudiantes...

## **Oda a la muerte.**

De vivo solamente caminé seiscientos pasos  
los primero cien hacia el norte, de frente  
sin ataduras ni complejos, lejos del vicio  
y los cuentos sobre política  
tarareando canciones pueriles, simples.

Después avancé doscientos, sin rumbo, sin ojos  
por en medio del escarpado usurero, roba años.  
Corrí, me corté, me caí y bebí de una botella antigua  
de ron  
hasta que casqué de frente a una pared enorme,  
cubierta de hojas secas.

Cuando llegué a los cuatrocientos, me senté.  
Los quinientos se me escaparon esperando  
y mientras andaba hacia los seiscientos, volteé hacia  
atrás,  
no había árboles, ni libros o casas, mucho menos  
papeles...

## **El pecado de Dolores.**

### **Capítulo I**

Hoy he besado a mi amado Dositelo al salir de casa. En ese beso le he dejado el alma pues mi alma le pertenece; como a la Tierra pertenece el agua. Recuerdos de los dos maravillosos años que hemos vivido juntos me invadieron al caminar por la banqueta; todo ha sido una aventura dorada, una eterna primavera.

No asistieron las campanas que rompen el silencio del aire, ni hubo sacerdocio bendiciendo nuestro amor, tampoco firmamos papeles contratos legales, solo fuimos el, yo y nuestro Dios.

Los tres hemos despertado juntos en las mañanas que Dositelo parte a su trabajo, es una jornada larga y muy poca la paga: “tal vez sea necesario que también trabajes Dolores” me dice angustiado al final de la semana.

Más aún si somos felices, los pocos problemas que hemos tenido se los agradezco a su madre, pues al no ser nuestra economía tan favorable compartimos techo y alimento con ella. La señora gruñona, le digo en silencio, mas no es mala solo algo majareta; más bien celosa, temerosa de perder la atención de su hijo mayor.

Ayer hemos dejado atrás una semana angustiante, un resfriado atacó a mi Dositelo y ha contagiado a todo aquel con el que tuvo contacto. Las pocas horas de trabajo nos han dejado con hambre y las medicinas son tan caras que apenas hemos logrado curarnos él y yo. Mas ahora tenemos enfrente la peor de las tormentas, su sueldo se ha acabado y no sobreviviremos.

Es por eso que he salido (y un beso le he dado a mi amado) en busca de trabajo, hare lo que pueda. No nos moriremos de hambre. Tal vez encuentre empleo, el deseo de ayudar a Dositelo es lo que me empuja a seguir avanzando.

He tocado más de tres puertas y no han pasado cinco horas. La panadería no tiene vacantes y mis aptitudes no son aptas para competir por el puesto de secretaria o contadora en una empresa. “Que haré, no puedo regresar con las manos vacías”. Mi estómago me reclama la falta de alimentos, he perdido varias libras en esta semana. Tal vez pierda unas más cuando llegue el viernes o quizá fallezca sin preocuparme.

“No”, amo tanto a Dositelo que no habré de rendirme y a pesar de que su madre no es de mi agrado, me necesita la señora gruñona. Con el hambre atacándome y acechándome de cerca no veo claro, tampoco pienso claro. Creo que robare algo de comida o trabajare por ella, he diseñado un plan, pediré alimento en la fonda de la esquina y no podré

pagarla, una vez la señora gruñona me conto que a ella la habían obligado a lavar los trastes, tal vez suceda lo mismo. Pero tal vez le llamen a la policía, estaré en problemas. Mi buen nombre y el de mi esposo se verán manchados por mi imprudencia, no creo que sea buena idea. Seguiré buscando.

He caminado otros dos kilómetros y me detengo justo enfrente de una frutería nueva, hay canastas llenas de uvas que forman racimos morados, verdes y rojos. También hay plátanos amarillos con las orillas un poco verdes, las naranjas fueron colocadas cuidadosamente en un gran cuadro de madera, junto con las mandarinas y los mangos, formando líneas multicolores. Es temporada de sandías y el dueño las ha cortado a la mitad y embalado con plástico; el color rojo y el olor a dulce penetran mis narices y me hace soñar en mordisquearlas hasta acabar con ellas.

“Se le ofrece algo señorita” me anuncia el encargado, un joven apuesto y muy alto, de piel color canela y ojos claros.

“Señora” contesto apenada, al descubrirme casi babeando encima de las sandías, tal vez me haya confundido pues mi aspecto es muy delgado y corta de estatura, mas mi nombre debo dejar en claro

“Perdone usted, dígame le puedo ayudar. ¿Quiere comprar una sandía?”

“Disculpe usted mi actitud señor, es solo que no he podido pasar por alto lo bien que se miran estos frutos, pero no, muchas gracias. No he venido a comprar nada” le contesto luchando contra mí misma para alejar la vista de los frutos frescos.

“Está usted segura, mire, pruebe, es la temporada no va a encontrar mejores sandías que las que yo vendo”.

No me abstengo de aceptar su oferta, pues es deliciosa la sandía en primavera. Al devorarla me doy cuenta de que tan hambrienta en verdad estoy, un solo mordisco provoco un estallido sonoro en mi estómago, volteo a ver al joven encargado de la frutería y me sonrojo al notar que se ha escuchado.

“No puedo pagarle por este delicioso bocado de sandía, sin embargo ofrezco trabajar por él. En caso de que tenga alguna vacante yo la tomo”.

“Pues aunque es un buen negocio las ganancias no son muchas, la paga tampoco sería alta pues tendría que dividirla entre usted y yo. Sin embargo su entusiasmo me contagia, mi nombre en Gabriel y queda usted contratada si empleo busca”.

Mi felicidad es evidente y de inmediato una escoba forjada con paja de una esquina, mi trabajo será mantener limpio el lugar y animar a comprar fruta a los clientes. Al finalizar la jornada Gabriel amablemente me ofrece un par de frutas para el

camino y algunas verduras para mi casa

“No las rechace, tómelas antes de que estén en mal estado. Ya nadie las comprara”.

Tras esa aclaración le ofrezco pagarle con mi primer sueldo y llevo a casa los ingredientes para un buen caldo, sin duda todos nos sentiremos mejor después de que lo comamos.

## **Capítulo II**

¿Puede haber felicidad más grande que la de amar y ser amada? Yo sola me contesto a esa pregunta sonriendo y esperando la llegada de mi amado Dositelo, con pan fresco y comida del día en la mesa. Con mi primer sueldo, que no ha sido mucho, y menos por los descuentos de las frutas y verduras que he traído a casa, le he preparado una cena especial para festejar que hemos dejado atrás el resfriado y las semanas apretadas, sin duda mi nuevo empleo ayudará a pensar en un mejor futuro.

Cotidianidades: Poemas y Algunos Cuentos.

ACERCA DEL AUTOR.

Rafael g. Medrano nació en México, tiene 27 años y es estudiante de Filosofía y Administración de empresas.  
Puedes seguirlo en twitter. @RafaelgMedrano